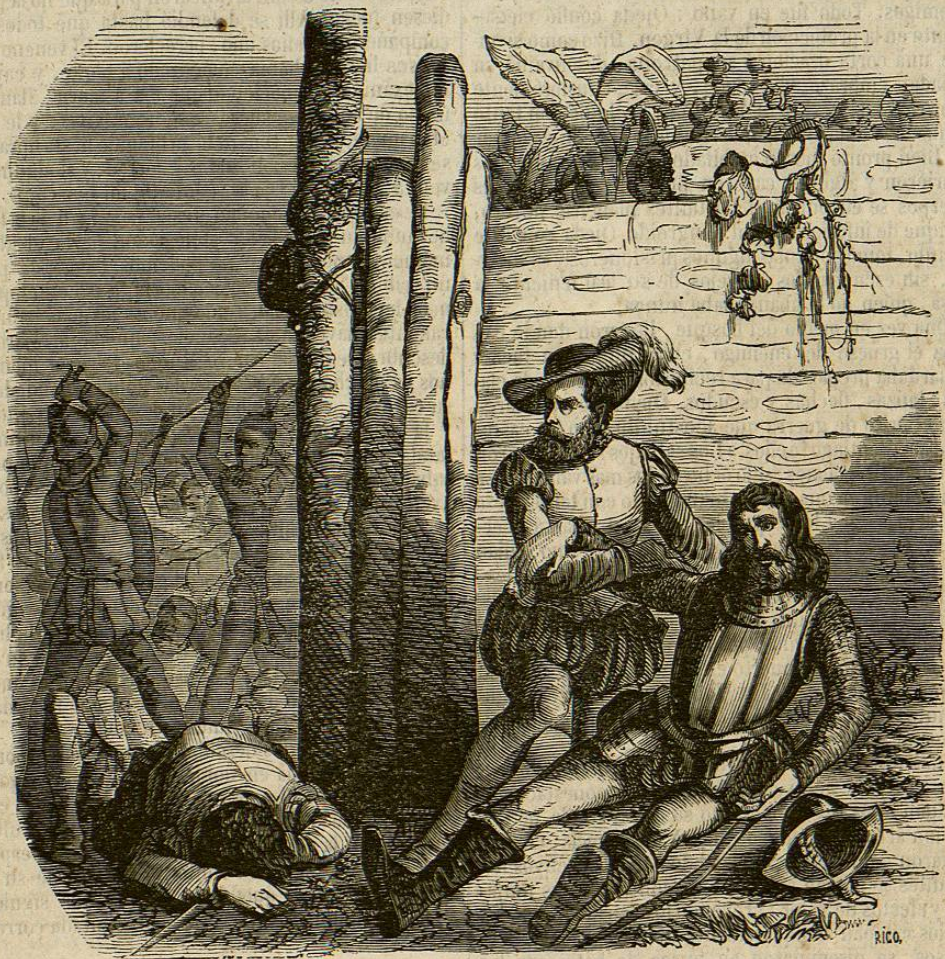


un bosque de mangles en la misma orilla del mar. Estos árboles crecen dentro del agua, pero las raíces suben y se entrelazan en la superficie. En esta enmarañada é impenetrable arboleda, vislumbraron una como sombra, vestida á la española. Entraron, y quedaron asombrados al reconocer á Alonso de Ojeda. Yacia sobre las enredadas raíces de los mangles con el escudo al hombro y la espada en la mano; pero tan debilitado por el hambre, el cansancio y la fatiga, que no podía articular una palabra. Le tras-

portaron á la playa; encendieron lumbre á fin de calentarle, porque estaba entumecido por el frío y la humedad de su escondite: luego que empezó á reanimarse, le dieron alimento y un poco de vino; de este modo pudo ir cobrando gradualmente fuerzas para contar su triste historia (1).

Con gran dificultad habia conseguido abrirse camino por entre las huestes salvajes y llegar á unos bosques á la falda de los montes; pero cuando se vió solo, pensó morir de desesperacion al considerar que



Muerte de Juan de la Cosa.

todos sus valientes compañeros habian sido destrozados. Se echó en rostro amargamente el no haber escuchado las amonestaciones del veterano la Cosa, y deploró con el mas profundo dolor la pérdida de este leal amigo, víctima de su abnegacion. No sabia qué camino llevaba, ni por donde salir; pero continuó marchando en la oscuridad de la noche por entre malezas, hasta que dejó de percibir los ahullidos de triunfo con que los salvajes celebraban su victoria.

Al amanecer se refugió en la parte mas agreste del monte, donde permaneció oculto hasta la noche; entonces se adelantó, luchando con los precipicios, las rocas y la espesura, y llegó por fin á la orilla del mar, permaneciendo allí por sentirse demasiado débil para llegar hasta los buques. Era verdaderamente maravilloso el que un hombre de tan poca consistencia, hubiese podido sufrir trabajos tan terribles; pero su intrepidez y fortaleza de espíritu lo compensaban to-

do. Sus compañeros consideraron poco menos que milagroso el que escapase con vida, y Ojeda lo consideró como otra prueba de la especial proteccion de la Virgen; pues aunque como en otras muchas ocasiones habia salido ileso, sin embargo de que el escudo tenia las señales de mas de trescientos flechazos.

(1) La descripcion que aqui hace Las Casas, es tan novelosa que el autor no puede menos de citarlo por extenso. Llegaron á donde habia unos manglares, que son árboles que siempre nacen y crecen y permanecen dentro del agua de la mar, con grandes raíces, asidas, enmarañadas unas con otras, y allí metido y escondido hallaron á Alonso de Ojeda, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas, y en ella sobre trescientas señales de flechazos. Estuvo descaído de hambre, que no podía hechar de sí la habla, y sino fuera tan robusto, aunque chico de cuerpo, fuera muerto.

Las Casas, l. II, c. 38. Herrera, Hist. Ind. d. 1, l. VII, c. XV.

Todavía estaban los españoles en la playa administrando socorros á su gefe, cuando avistaron una escuadra que se dirigia al puerto de Cartajena, conociendo al instante que era la flota de Nicuesa. Ojeda al verlos se afectó de tal modo, que casi perdió el uso de la razon, recordando su descompuesta conducta é intempestivo desafio con aquel caballero, y reflexionando que si le buscaba como enemigo no estaba en situacion de poderle hacer frente, ni aun de defenderse. Ordenó, pues, á su gente que se volviesen á bordo y le dejasen solo en la playa, sin revelar á nadie el lugar donde se hallaba oculto, hasta que Nicuesa dejase aquellos sitios.

Así que la escuadra hubo entrado en el puerto, salieron á encontrarle las lanchas. La primera pregunta de Nicuesa fue informase de la suerte de Ojeda. Los compañeros de este le respondieron llenos del mas profundo dolor, que su comandante habia ido á un reconocimiento en lo interior del país, y hacia dias que nada sabian de él; por lo cual temian que alguna grave desgracia le habia ocurrido. Suplicaron á Nicuesa que les asegurase, bajo su palabra de honor, que no molestaria á Ojeda, si realmente habia sucedido lo que temian, ni aprovecharia la ventaja que le proporcionaban sus desgracias, para vengarse de sus pasadas disputas.

Nicuesa, que era todo un caballero, de alma noble y generosa, se irritó sobre manera al oír semejante suplica. «Buscad á vuestro comandante inmediatamente;» les dijo, «traédmelo si vive; que yo empeño mi palabra, no solo de olvidar lo pasado, sino de ayudarle como á un hermano (1).»

Así que se avistaron, Nicuesa abrió los brazos para recibir á su antiguo enemigo. «No es de caballeros como nosotros, dijo, sino de almas bajas, el recordar pasadas desavenencias cuando nos necesitamos el uno al otro. Todo lo que ha habido entre nosotros, debe olvidarse. Disponed de mí como si fuera vuestro hermano, que yo y mi gente estamos á vuestras órdenes, para seguirlos donde queráis, hasta que la muerte de Juan de la Cosa y demás compañeros quede vengada.»

Ojeda se reanimó oyendo tan noble y generosa oferta. Los dos gobernadores, que ya no eran rivales desembarcaron con cuatrocientos hombres y algunos caballos, dirigiéndose á toda prisa á la poblacion fatal. Llegaron de noche; se dividieron en dos cuerpos, y mandaron que no se diese cuartel á nadie. La poblacion se hallaba sumergida en el mas profundo sueño; pero el bosque se hallaba lleno de loros de gran magnitud, que se despertaron asustados y armaron un clamoreo infernal. Como los indios creian haber destruido completamente á los españoles, no se cuidaron de tan extraordinario ruido; la alarma principió cuando vieron sus casas envueltas en las llamas. Precipitáronse entonces; y salieron, unos armados y otros sin armas; pero recibíanlos en la puerta los exasperados españoles, que los mataban en el acto, ó los hacian retroceder para que se abrasasen. Las mujeres, llevando en brazos á sus hijos, se arrojaban fuera de sus chozas con una salvaje desesperacion; mas viendo á los españoles relumbrantes de acero y á los caballos, los suponian monstruos del otro mundo, y corrian exhalando gritos de horror á sepultarse entre las llamas. La carnicería fue espantosa, porque no se perdonó ni edad, ni sexo, perniciendo muchos en las llamas y otros al filo de la espada.

Luego que los españoles saciaron bien su sed de venganza, se ocuparon del saqueo. Mientras estaban en esta ocupacion, se halló el cuerpo del infortunado Juan de la Cosa atado á un árbol, y tan hinchado y descolorido por efecto del veneno, que daba horror mirarle. Este triste espectáculo pro-

dujo tal efecto en los soldados, que ni uno siquiera quiso pasar la noche en aquel sitio. Despues de saquear la poblacion, no quedando de ella mas que humeantes ruinas, se retiraron triunfantes á sus naves. Los despojos en oro y otros artículos de valor, debieron ser muy grandes, porque la parte de Nicuesa y su gente subió á siete mil castellanos (2). Los dos gobernadores se separaron con las mejores muestras de amistad, permaneciendo desde entonces en la mejor armonía. Nicuesa continuó su viaje hácia la costa de Veragua.

#### CAPITULO V.

Ojeda funda la colonia de San Sebastian.—Es sitiada por los indios.

OJEDA adoptó, aunque demasiado tarde, el consejo de su desgraciado teniente Juan de la Cosa, abandonando todo proyecto de colonizacion en aquella desastrosa parte de la costa, y dirigiendo su rumbo al golfo de Uraba. El rio Darien, famoso entre los indios por su abundancia de oro, fue el lugar en que pensó establecer su colonia; pero no dando con él, desembarcó en distintos parajes, á caza de un sitio favorable para establecerse. Todos estaban desalentados con los desastres que habian sufrido; y los objetos que les rodeaban, no eran los mas á propósito para inspirarles seguridad. El país, aunque fértil y cubierto de una abundante y lujosa vegetacion, no producía á sus ojos sino canibales y monstruos. Empezaron á temer la ferocidad y la fuerza de los salvajes, que atravesaban un hombre con sus flechas aunque estuviera cubierto de armadura y cuyos dardos estaban empapados en mortal veneno. Oían los ahullidos de las panteras y tigres, y hasta imaginaban que habia leones en los bosques. Venenosas serpientes se arrastraban entre las rocas y matorrales; y al pasar por las orillas de un rio, un enorme caiman cogió de una pata á un caballo y le arrastró al fondo de las aguas (3).

Ojeda fijó por fin el punto de su residencia, sobre una altura al Este del Golfo. Se condujo allí todo lo que no era absolutamente necesario á bordo, y se trabajó con ardor, construyendo algunos edificios. A la ciudad naciente se dió el nombre de San Sebastian, en honor del Santo mártir, que murió atravesado de flechas; esperando que protegeria á los moradores de las envenenadas saetas de los salvajes. Para mayor seguridad se edificó una ciudadela de madera rodeada con una fuerte empalizada. Conociendo Ojeda que la poca gente que tenia no podia defenderse contra las hostilidades de las tribus que le rodeaban, despachó un buque á la Española con una carta para el bachiller Martir Fernandez de Enciso, su alcalde mayor, informándole del establecimiento de gobierno, y que era muy urgente no perder tiempo, y reunirse lo mas pronto posible con todos los reclutas, armas y provisiones que pudiese recoger. Con el mismo buque remitió á Santo Domingo el oro y los cautivos.

Estando ya su capital en estado de defensa, quiso Ojeda reconocer los terrenos incultos de los alrededores. Con este objeto salió acompañado de un destacamento de gente bien armada, y fué á visitar á un cacique de las cercanías, que tenia fama de poseer gran cantidad de oro. Los naturales, que ya conocian esta clase de visitas amistosas, estaban dispuestos á no aceptar la de Ojeda. Apenas habian los españoles entrado en los desfiladeros del próximo bosque, cuando se vieron asaltados por todas partes de una nube de flechas disparadas desde los mas espesos y profundos matorrales. Algunos quedaron muertos en el acto, otros menos dichosos espiraron entre horribles tor-

(2) Unos 37,281 durós de nuestra actual moneda.  
(3) Herrera, Hist. Ind., d. 1, lib. VII, c. XVI.

(1) Las Casas ubi supra.

mentos y convulsiones, causados por el veneno; y los que sobrevivieron, horrorizados con tal espectáculo, y perdiendo toda su presencia de espíritu, se retiraron con el mayor desorden á la fortaleza.

Se pasó mucho tiempo antes de que Ojeda pudiese persuadirlos á salir al campo; tal era el terror que les causaban las flechas envenenadas de los indios. Al fin, las provisiones empezaron á escasear, y se vieron obligados á merodear por los pueblecillos, en busca no de oro, sino de alimentos.

En una de aquellas expediciones, los sorprendió una emboscada de salvajes en las gargantas de un monte; el furor del ataque fue tal, que los españoles huyeron en completa derrota, persiguiéndoles los indios con sus ahullidos y gritos hasta la misma puerca de San Sebastian. Muchos murieron de sus heridas entre horribles convulsiones, y otros sanaron con dificultad. Los que quedaron salvos no se atrevían á salir en busca de alimentos porque todo el bosque herbia de enemigos. De forma que tuvieron que reducirse al triste estado de mantenerse con las yerbas y raices que encontraban. Se les corrompió la sangre y les atacaron mil enfermedades, las que, unidas al hambre, disminuía su número diariamente. Al centinela que quedaba de guardia por la noche, se le solía encontrar muerto por la mañana. Muchos morían de debilidad; y en tal estado, no miraban la muerte como un mal, sino como una felicidad que los libertaba del horror y la desesperacion.

#### CAPITULO VI.

Suponen los salvajes que Ojeda está invulnerable.— Prueba que hacen para cerciorarse de ello.

MIENTRAS tanto, continuaban los indios incomodando á la guarnicion, se emboscaban y sorprendían las partidas que salían á forrajear; les cortaban todo medio de subsistencia, y muchas veces se aproximaban á las murallas desafiando abiertamente á los españoles. En estas ocasiones, salía Ojeda á la cabeza de su gente y gracias á su grande agilidad, era el primero que alcanzaba á los enemigos, matando él solo mas que todos sus soldados juntos. Aunque exponiéndose muy á menudo á sufrir lluvias de flechas, nunca le habian estas herido, y los indios empezaron á figurarse que habia en él algo de hechizo. Acaso esta idea naciese de algunos prisioneros que lo oirían á gentes de Ojeda, pues él mismo se figuraba estar bajo una sobrenatural proteccion. Se propusieron averiguar el hecho: emboscáronse al efecto cuatro de sus mejores arqueros, con la orden de apuntar á él exclusivamente, y unos cuantos salvajes se dirigieron al frente, haciendo ruido con los caracoles y tambores y desafiando con sus acostumbrados ahullidos á los españoles. Como suponían, salió Ojeda furioso á la cabeza de su gente, y los indios huyeron hácia el punto de la emboscada; perseguiólos él con encarnizamiento, y así que le tuvieron á tiro, dispararon sobre él sus mortíferos dardos, de los cuales tres dieron en el escudo y el cuarto le atravesó el muslo. Satisfechos los salvajes con haberle herido, se retiraron exhalando gritos triunfantes de alegría.

Ojeda fue conducido á la fortaleza, sufriendo grandes angustias y lleno de desconfianza el corazon, por ser la primera vez de su vida que derramaba su sangre en el combate. El hechizo en que habia confiado hasta entonces estaba deshecho, ó mas bien, la Santísima Virgen le retiraba su proteccion. La horrible muerte de sus compañeros que perecían con rabioso frenesí, ocasionado por el veneno, no se apartaba de sus ojos.

Uno de los síntomas era un frio penetrante, que taladraba, digámoslo así, la herida; y esto hizo que le ocurriese un remedio que nadie mas que él hubiera podido soportar; mandó enrojecer dos planchas de

hierro y ordenó á un cirujano que se las aplicase sobre las dos bocas de la herida. El cirujano se estremeció y negó diciendo que no queria ser el asesino de su general (1). Ojeda le juró que si no le obedecía le haria ahorcar; por cuya razon accedió, y aplicó los hierros candentes á la herida. Durante la operacion no quiso que nadie le sujetara ni ayudase, sufriendo sin proferir ni una sola queja, á pesar de haberse inflamado todo el sistema hasta necesitar envolverle con sábanas empapadas en vinagre para templar el ardor que le abrasaba; se asegura que se gastó un barril de vinagre. Con este remedio desesperado se curó. El veneno, dice el Obispo Las Casas, se consumió con la accion del fuego (2). La veracidad de esta suposicion del sabio historiador, solo los cirujanos pueden decidirla; pero, muchas personas incrédulas suponen que si curó, fue porque la flecha no estaria envenenada.

#### CAPITULO VII.

Llegada de un buque forastero á San Sebastian.

ALONSO de Ojeda, aunque declarado fuera de peligro, estaba muy débil, á consecuencia de la herida, y su situacion aumentaba la desesperacion de sus compañeros; porque mientras gozaba de salud, la actividad de espíritu que poseia, y su continuo movimiento, comunicaba la animacion, sino confianza, á todos cuantos le rodeaban. La única esperanza de socorro debia venirles del mar, y esta la habian casi perdido; cuando un dia, con gran contento de los españoles, apareció de repente una vela en el horizonte, que hizo rumbo hácia el puerto y ancló al pié de la colina de San Sebastian: ya no habia que dudar; era el socorro prometido de Santo Domingo.

Verdaderamente el buque venia de la Española, pero no habia sido fletado por el bachiller Enciso. El comandante se llamaba Bernardino de Talavera, uno de los mas disolutos y descarados aventureros que abundaban en Santo Domingo. Estaba amenazado con la cárcel, por su mala conducta que le habia envuelto en deudas. Cuando eran mayores sus apuros, llegó el buque que Ojeda mandó á Santo Domingo, cargado de esclavos y oro, ponderando las riquezas que iban á entrar en San Sebastian. Bernardino de Talavera inmediatamente concibió el proyecto de burlar la vigilancia de sus acreedores, y escaparse á esta nueva colonia. Sabia muy bien que Ojeda carecia de recursos; pues juzgaba por su propio desarreglo en materia de intereses, simpatizando siempre con todos los tramosos. Envolvió en sus proyectos á una porcion de deudores desesperados como él, y sin escrúpulo de ninguna especie llenó sus filas de reclutas que la ley perseguía por causas criminales de alguna consideracion. Trataron luego de los medios de procurarse un bajel. No tenían ni crédito ni dinero; pero si travesura, valor, y conciencia ancha; cualidades con las cuales un malvado logra á veces sus planes mejor que un hombre de bien; y solo al cabo de tiempo se le frustran sus intentos como sucedió en el caso de Talavera y sus socios. Mientras se procuraban los medios de huir á San Sebastian, oyeron que un buque perteneciente á cierto genovés estaba en el Cabo Tiburon, en la parte extrema del Este de la isla, cargado de tocino y pan de cazabe para Santo Domingo. No se les podia venir á las manos ocasion mas favorable que la de un buque bien abastecido y pronto para salir, puesto que no habia mas que hacer que apoderarse de él y embarcarse.

La cuadrilla compuesta de setenta hombres, se subdividió, dirigiéndose secretamente al Cabo Tiburon, donde debia reunirse en un punto dado y á la misma hora. Llegaron, rodearon el bajel, sorprendieron la tripulacion, levaron anclas y se dieron á la vela. Gran

(1) Charlevoix, ut sup. p. 295.

(2) Las-Casas. Hist. Ind., lib. II, cap. 59. MS.

flojos y malos marineros; apenas sabian manejar el timon; el historiador Charlevoix dice, que fue la mano de la Providencia quien condujo á San Sebastian. Sea ó no fundada la opinion del buen padre, lo que hay de cierto es, que la llegada de este buque trajo la vida y la esperanza á la guarnicion, á pique ya de perecer (1).

Talavera y los suyos, á pesar de lo barato que les habia costado el cargamento, no quisieron deshacerse de él generosamente, sino que exigieron se les pagase en oro el precio de las provisiones. Así se verificó y Ojeda las repartió con economia entre sus compañeros. Algunos de aquellos famélicos soldados no quedando satisfechos con lo que se les daba, acusaron á Ojeda de reservar gran parte para sí. Acaso tenían razon, mas, no era por egoismo personal, sino efecto de una de las muchas supersticiones que distinguían el carácter de aquel aventurero; se dice que por espacio de muchos años tuvo la extravagante idea de creer que debia á un incidente inesperado el morir de hambre (2).

Con tal preocupacion, no es extraño que faltase á su natural prodigalidad, mirando los socorros recibidos como un don de la Providencia; y acaso esto le indujese á reservar una parte para sí, como precaucion contra la clase de muerte, que en su sentir le amenazaba. Su gente se amotino, y algunos trataron de volverse con los piratas á la Española. Logró sin embargo apaciguarlos por de pronto, haciéndoles ver que era indispensable economizar los recursos, pues el bachiller Enciso no debia tardar, y entonces habria provisiones con abundancia.

#### CAPITULO VIII.

Facciones en la Colonia.—Convenio.

PASARON dias y dias, sin llegar ningun socorro á San Sebastian. Los españoles estaban siempre de atalaya observando el mar, y la prometida embarcacion no venia. Apesar de toda la economia de Ojeda las provisiones se habian casi concluido; el hambre volvía á presentarse, y muchos de la guarnicion perecieron de varias enfermedades producidas por la falta de alimentos. Los que quedaban se hicieron facciosos en su miseria y formaron un complot para apoderarse de un buque de los que estaban en la bahía y escaparse á la Española.

Habiendo Ojeda descubierto sus intenciones estuvo muy perplejo, conocia que sin socorros de afuera, era segura su destruccion; y á pesar de todo no podia resolverse á abandonar su desesperada empresa. Era su única esperanza de hacer fortuna, ó de mandar; porque disuelto aquel establecimiento, en vano trataria con sus pocos medios, y ningun crédito, de obtener otro mando, ó formar otra expedicion.

Esforzóse, antes que nada, en reducirlos á la razon, diciéndole que era una locura dejar aquel sitio, puesto que únicamente necesitaban de un refuerzo para sujetar el país circunvecino y hacerse dueños absolutos de sus riquezas. Viendo que se apaciguaban, ofrecióles ir por sí mismo á Santo Domingo en busca de socorro.

Esta oferta surtió el efecto que deseaba. Tal era la confianza que tenían en la energía, habilidad é influencia de Ojeda, que no dudaron del buen éxito, siendo él en persona quien fuese á Santo Domingo. Hicieron un convenio con él, estipulando que permanecerian en San Sebastian por espacio de cincuenta dias; y que si concluido este tiempo no se recibían noticias de Ojeda, quedaban dueños de abandonar el establecimiento, y volverse con los bergantines á la

(1) Historia. Sto. Domingo, lib. IV.

(2) Herrera, decad. I, lib. VIII, cap. 5.

Española. Entretanto Francisco Pizarro mandaria la colonia, como teniente de Ojeda, hasta la llegada del alcalde mayor Enciso. Concluido este convenio, Ojeda se embarcó en el buque de Bernardino de Talavera. Este bandido del Océano y su cuadrilla de perdidos, se habian curado de la ambicion de colonizar. Creyeron encontrar en San Sebastian grandes riquezas y les salieron sus esperanzas fallidas, contribuyendo á desanimarles los peligrosos horrores de aquellas agrestes cercanías; por lo que prefirieron volver á la Española, á pesar de las cadenas y calabozos que les esperaban. Confiaban para obtener su perdón, en la proteccion é influencia de Ojeda, con cuyo agradecimiento contaban, pues tan á tiempo habian llegado para salvar de su inmediata destruccion á la colonia.

#### CAPITULO IX.

Viaje desastroso de Ojeda en el barco pirata.

APENAS habia puesto el pié Ojeda en el buque de los piratas, cuando trabó una reñida disputa con su comandante. Acostumbrado á mandar entre sus compañeros con humos de gobernador, y de suyo dominante y orgulloso, así que se vió á bordo, tomó el mando como si por ley le tocara. Talavera reclamó contra tal usurpacion, alegando su indisputable derecho de latrocinio.

Ojeda, como siempre, quiso decidir la cuestion con la espada; pero tenia contra sí toda aquella turba de pillos que se le echaron encima; y acosado por el número, le fue preciso ceder: en seguida le cargaron de cadenas y le encerraron en un calabozo. Sin embargo, la ferocidad de su carácter no se templó; al contrario, los desafió uno á uno, ó dos á la vez, como quisieran; llamándolos traidores, ladrones y piratas. Como rayaba tan alto su fama de valiente, á pesar de su diminuta persona, tomaron el partido de callar y conservarle encerrado mientras durase la travesía.

A los pocos dias de navegacion les asaltó una violenta tempestad. Talavera y su cuadrilla apenas sabian manejar un barco y no conocían tampoco aquellos mares. El furor de los elementos, las ráfagas del huracan y la impetuosidad de las corrientes, de los escollos y bajíos, junto con su ignorancia los traía llenos de confusion y alarma. No acertaban qué determinacion tomar, si la de abandonarse á la voluntad del viento, ó la de buscar un refugio. En aquellos momentos de peligro, recordaron que Ojeda era tan buen soldado como marino hábil é inteligente en los mares del Nuevo Mundo. Pactaron treguas con él para la comun seguridad, y le dejaron libre bajo la condicion de conducir el buque lo restante del viaje.

Portóse Ojeda con su acostumbrada intrepidez; pero, acosado el bajel por la tormenta, se habia inclinado demasiado hácia el Occidente, no bastando toda su ciencia y sus esfuerzos para dirigir su rumbo hácia la Española por entre torbellinos y corrientes encontradas. Llevado como una pelota y arrastrado por las corrientes del golfo durante muchos dias, poco faltó para irse á pique; el único remedio, en tan cruel conflicto, fue dirigirse hácia la parte del Sur de las costas de Cuba.

Allí desembarcó aquella chusma en peor estado que cuando ejecutaron el robo. Estaban en una costa completamente salvaje y poco frecuentada; el bajel yacía en la playa inutilizado; el recurso que les quedaba era viajar á pié, atravesando toda la isla hasta alcanzar la parte extrema del Este, y allí procurarse los medios de pasar á la Española, donde, despues de tantos trabajos, probablemente les aguardaria un calabozo. Es tal el deseo del hombre civilizado por hallarse en medio de la sociedad, que á pesar de los peligros que en Santo Domingo amenazaban á aquellos piratas, querian á todo trance desembarcar en sus playas.

## CAPITULO X.

Penosa marcha de Ojeda y sus compañeros á través de las marismas de Cuba.

Los últimos servicios de Ojeda no pudieron conseguir que la cuadrilla de Talavera depusiese sus intenciones hostiles respecto de él; pero pronto vieron que si mucho valía en el mar, también eran grandes sus conocimientos en la tierra, de modo que no tardó en ejercer sobre ellos el ascendiente que irresistiblemente consigue cualquier espíritu intrépido y arrojado en los momentos de calamidad.

Cuba no se había aun colonizado. Era el punto donde se refugiaban los desgraciados naturales de Hayti, que huían del látigo y las cadenas de los europeos. Los bosques abundaban en tales fugitivos; siendo frecuentes las peleas que estos trababan con las partidas de náufragos, en la creencia de que venían enviados por sus amos para cazarlos y volverselos á llevar cautivos.

Ojeda rechazaba fácilmente semejantes ataques; pero conoció que los fugitivos habían comunicado su odio hácia los europeos á los sencillos habitantes de Cuba; y como sus compañeros eran demasiado débiles y cobardes para abrirse paso á la fuerza por la parte mas poblada de la isla ó trepar por los montes del interior, determinó evitar la entrada en poblado, guiándolos por los bosques mas espesos y las anchas y desiertas sábanas á las orillas del mar.

Con esto no hizo mas que escoger entre dos males. Los bosques se iban retirando gradualmente de la costa: las sábanas, que en un principio no ofrecían á la vista sino crecida yerba y hermosas enredaderas, iban convirtiéndose insensiblemente en tierras pantanosas y saladas, cuyo suelo blando y resbaladizo no les permitía fijar el pié, metiéndose hasta las rodillas en fango y lodo. Sin embargo, proseguían adelante con la esperanza de hallar terreno mas firme, figurando ver hermosos prados á lo lejos; pero continuamente se engañaban. Cuanto mas andaban mas profundo era el lodo; y despues de ocho dias de tan penosísima marcha, se encontraron en medio de una vasta marisma con el agua hasta la cintura. Aumentaba los apuros de su triste posición la sed rabiosa que sentían, pues toda aquella agua era tan salada como la del Océano. No era menos devoradora su hambre; solamente comían un poco de pan de cazabe y queso, algunas patatas y otras raíces crudas. Cuando les acometía el sueño, se acostaban sobre las entrelazadas raíces de los manglares que crecían en el agua. Las terribles marismas eran cada vez mas anchas y profundas; y en algunos parajes tenían que vadear rios, ahogándose los que no sabían nadar y quedando otros enterrados en el cieno.

Agravabase diariamente su situación. El pan de cazabe se les maleó con la humedad, y las raíces iban escaseando. Las marismas parecían interminables, y no se atrevían á retroceder despues de haber andado tanto. Ojeda era el único que conservaba su presencia de ánimo, alentándoles con su ejemplo para que no desmayasen. Llevaba consigo la pequeña imagen de la Virgen que le había dado el obispo Fonseca, cuidadosamente conservada en la mochila. Siempre que hacían alto en medio de los manglares, sacaba su efigie, la colocaba entre las ramas y se arrodillaba delante pidiéndole amparo y protección. Esto lo repetía varias veces en el discurso del día, y logró que sus compañeros le imitasen. Hizo mas; en un momento desesperado ofreció á la Virgen que si le sacaba con vida de tantos peligros, la erigiría una capilla en la primera población india á donde llegase, dejando allí la imagen para que fuese adorada por los salvajes.

Las marismas tenían treinta leguas de extensión; eran tan profundas y difíciles de pasar, estaban tan obstruidas por las entrelazadas raíces y vejueos, tan

rodeadas de terrenos pantanosos, que tardaron treinta dias en atravesarlas; de setenta hombres que embarcaron quedaban solo treinta y cinco. «Lo cierto es,» dice el venerable Las Casas «que los padecimientos de los españoles en el Nuevo Mundo, buscando riquezas, exceden á los de todas las demás naciones; pero los de Ojeda y su gente superaron á todos los demás.

Creció á tal extremo el hambre y el cansancio, que muchos dejándose caer, entregaban el alma al Criador; otros sentados entre los manglares aguardaban con desesperación la muerte para que pusiese fin á sus sufrimientos. Ojeda con los mas ágiles y vigorosos, continuaba adelante luchando con los obstáculos hasta que con un placer difícil de describir pisaron por fin tierra firme y seca. Descubrieron entonces un sendero; siguiéronlo, y llegaron á un pueblecito indio, mandado por un cacique llamado Cueybas. Al llegar, se dejaron caer, muertos de cansancio y de fatiga.

Los indios los rodearon, examinándolos con asombro; pero, así que supieron su triste historia, los trataron con una humanidad que hubiera honrado á los cristianos mas piadosos. Los condujeron á sus casas y les dieron de comer y beber, disputándose entre sí el placer de ejercer con ellos la caridad mas tierna y desinteresada. Sabiendo que muchos de aquellos desgraciados permanecían en las marismas, mandó el cacique una partida de indios con provisiones para que los auxiliaran, ordenándoles que trajesen sobre sus hombros á los que estuviesen imposibilitados de andar. «Los indios,» dice el obispo Las Casas, «hicieron mas de lo que se les había mandado, como acostumbraban cuando no se les exaspera con crueldades. Trajeron á los españoles, socorridos, acariciados, contemplados y casi adorados, como si fueran ángeles.»

## CAPITULO XI.

Ojeda cumple su voto á la Virgen.

RECORRADO ya Ojeda de sus padecimientos, se preparó para cumplir su voto á la Virgen á pesar del profundo sentimiento que le causaba separarse de una reliquia, á la cual atribuía haber salido sano y salvo de tantos y tan inmensos peligros. Construyó una capilla en el pueblo, donde colocó un altar para el culto de la imagen. Llamó al buen cacique, y le explicó lo mejor que pudo valiéndose de intérprete, pues apenas conocían su idioma, los principales puntos de la religión católica, y muy particularmente cuanto concierne á la Santísima Virgen, madre de Dios, reina de cielo y tierra y abogada de todos los pecadores.

El virtuoso cacique le oyó con la mayor atención, y á pesar de no comprender con claridad su doctrina, concibió una profunda veneración hácia la imagen de la Virgen. Este sentimiento de piedad fue adoptado y respetado por sus súbditos. Conservaron siempre el oratorio limpio y adornado con colgaduras de algodón trabajadas por ellos y varias ofrendas. Compusieron canciones en honor de la Virgen, que cantaban acompañándose con los rústicos instrumentos, y bailando á compás alrededor de la ermita.

Se refiere de esta reliquia una anécdota que no carece de interés. El venerable Las Casas, en su relación de estos hechos, dice: que habiendo llegado él al pueblo de Cueybas, poco despues de haber salido Ojeda, halló el oratorio conservado con el religioso esmero que exigen tan santos lugares, y la imagen de la Virgen siendo objeto de la mas profunda adoración. Los pobres indios se reunieron para oír misa; la que dijo en el altar, escuchando aquellos con la mayor atención sus paternales instrucciones y trayendo sus hijos á bautizar sin la menor repugnancia. El buen Las Casas había oído hablar mucho de la famosa reliquia que tanto apreciaba Ojeda, y tenía gran deseo

## CAPITULO XII.

Llegada de Ojeda á Jamáica.—Cómo le recibe Juan de Esquibel.

Así que los españoles estuvieron completamente restablecidos y fuertes, emprendieron su marcha. El cacique les hizo acompañar por una porción de indios que les sirviesen de guías al través de los desiertos, y les llevasen las provisiones y mochilas hasta la provincia de Macaca, en donde Cristóbal Colon había sido recibido con la mayor hospitalidad, cuando viajó por aquellas costas. El cacique y sus súbditos no obraron de otra manera con sus nuevos huéspedes, conducta general en los habitantes de aquellas islas, antes de



Esquibel concede hospitalidad á Ojeda.

que su continuo trato con los europeos les hiciese crueles y recelosos.

La provincia de Macaca estaba situada en el cabo de la Cruz, que era el punto mas próximo á Jamáica. Supo Ojeda que había españoles establecidos en esta isla, y era en efecto una partida mandada por aquel Juan de Esquibel, cuya cabeza quiso él cortar cuando salió con tanta arrogancia de Santo Domingo. Ojeda estaba destinado á tener que humillarse ante las personas que había ofendido. Vióse pues en la dura precisión de pedir auxilios al mismo hombre á quien tan vanagloriosamente había insultado, porque no estaba en el caso de sostener su necio orgullo. El cacique de Macaca proporcionó una canoa con algunos indios: un tal Pedro de Ordas emprendió en tan débil barquilla una peligrosa travesía de veinte leguas, lle-

gando sano y salvo á Jamáica. No bien supo Esquibel lo acaecido á Ojeda, cuando, olvidando todo resentimiento anterior, despachó una carabela que recogiese á este desgraciado y sus compañeros. Le recibió con las mayores muestras de cariño, alojándole en su misma casa y tributándole las mas delicadas atenciones. Era muy caballero y había sido hombre de fortuna; pero, por una reunión de circunstancias adversas, su suerte no se presentaba en el día tan satisfactoria; y por lo mismo sabía entenderse con una persona desgraciada, sin herir su amor propio. El corazón de Ojeda se sintió conmovido con tan generosa conducta; permaneció muchos dias al lado de Esquibel, y se separaron dándose las mas cordiales muestras de amistad.

Con este motivo, no podemos menos de llamar la atención sobre la conducta que observaban entre sí los españoles aventureros y la ejercían con los desgraciados naturales del país. Caballeros, caritativos,

(1) Las Casas; Hist. Ind. c. 61, MS.—Herrera Hist. Ind. 1, l. ix. c. 15.